

SIC TRANSIT....

Pasaron ya las fiestas como una exhalación; se acabó la vagancia, el champán y el turrón. ¡Estudiante, a tus libros! ¡Taponero, al tapón! Once meses y medio.... ¡y vuelta a la ilusión!

Moraleja

Tanto el sedentario como el montañero de momento ascienden la cuesta de Enero.

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS

7 DE ENERO DE 1954

Miscelanea de la noche vieja

Saldo inalterable

Con la tradicional e infantil fiesta de ayer de los Reyes Magos, dióse fin a este tríptico de fiestas navideñas en las cuales

se manifiesta una alegría sana, optimista. Fiesta libre de afeites y prejuicios. Y alegran más todavía estas fiestas, por cuanto no son exclusivas de un país determinado sino que el optimismo de las mismas trasciende a todo el orbe cristiano.

Todo el mundo despidió con alegría al año que acaba de dejarnos, quizá para preparar al entrante y que no nos venga con quebraderos de cabeza.

Y fué así, con optimismo y placer, que los guixolenses despidieron al 53. No podía ser de otra forma, ya que se mostró muy esperanzador y buen chico durante los trescientos sesenta y cinco días de su reinado.

Incluso hasta en el balance de la Vida y la Muerte ha demostrado ser imparcial y cauteloso. Tantos fallecimientos, pues igual número de nacimientos. Nada de tratos de favor a lo que es triste, ni nada de remilgos a lo que hoy día es problema para esto que le llaman espacio vital.

El saldo en este sentido, lo ha mantenido inalterable el año que se fué.

¿Como recibió usted al joven año?

Pues los guixolenses, como todo el mundo, con mucha algarrabía. Mientras la Nochebuena es noche de familia, de pasarla junto al lar sacudiéndole de firme al «tió» y montando con gran maestría infantil el belén o «pessebre», la Noche Vieja es de deserción, de salirse afuera.

Y así se hizo. Hoteles, restaurantes, tascas, todos vieron sus mesas encargadas para aquella noche. Los dos bailes celebrados en la ciudad vieron repletos, ansiosa nuestra juventud de demostrar al 54 que está identificada con el frenesí con el cual se va a encontrar en el mundo.

Las doce campanadas, igual que en todas partes, fueron esperadas con atención, con el respeto que se debe al que se va. Luego, el bullicio, los buenos deseos mutuos, el repetido, «Bon Any», volvieron o esparcirse por doquier hasta muy entrada la madrugada.

Y con ser noche de mucho canto nocturno callejero, de bastantes voces enronquecidas, ni el más leve indicio de gamberismo pudo observarse en nuestras caltes. Y al proclamarlo así, ni que decir tiene que lo hacemos con una gran satisfacción.

Un fallo inoportuno

Ya se ha visto antes, la importancia que tienen las doce campanadas de la última noche del año. Viene a ser algo así como el relevo de una guardia. Si bien aquí la consigna puede decirse

que la dan los que contemplan el relevo. Alegría, buen humor, parece ser la consigna. Por esto toman relieve en las ciudades, en esta noche cada año memorable, los diferentes relojes de de renombre. El de la Puerta del Sol, en Madrid. El de la Catedral en Barcelona. En Inglaterra, sin lugar a dudas que deberá tenerlo el de la Abadía de Westminster.

¿Y nosotros, qué? Si el cronista no se equivoca, nuestro reloj, el reloj del Ayuntamiento que también cuenta sus años de existencia, modesta si se quiere, pero existencia venerable al fin, permaneció en oscuras la noche última de diciembre. Cuando precisamente su tañido debía ser luminoso cual la alegría que inundaba la ciudad, el reloj se vió obligado a lanzar sus campanadas en una oscuridad inoportuna y nada lisonjera. Esto quizá; ¿porqué no nos reunimos en la plaza en aquellos momentos aguardando las doce de la noche? No importa. Esta desconsideración para el primer reloj de la ciudad y en la noche aludida, no está bien; no señores.

¿Qué de dónde amigo vengo?

Si. Porque sería interesante que este nuevo año nos dijera de donde saca este frío que le acompaña. Como un gobernante que entra a tomar posesión del cargo y lo primero que hace es desentenderse de lo establecido por su antecesor, este año 54 se desentiende de la benignidad climática del precedente y entra con unos fueros bastante glaciales.

Vientos pirenaicos, bajada del termómetro a ras del cero, resfriados a la vista, —perdón, a la nariz—. Muy bien que al hacer su entrada, haya puesto su pensamiento en los comerciantes de carbón y leña. Pero no con el ímpetu con que lo hace. Tiempo habrá para todo y más cuando llegemos a la semana de los «barbutos».

Realmente, hacer notar su aparición con una forma tan fría, cuando su antecesor se portaba tan bien con nosotros, es doblemente antipático.

Pronósticos para el año 1.954

Es de suponer que con los días, irá entrando en razón y que los pronósticos que podamos hacer sean tal como los soñamos.

Si quisiéramos seguir la corriente, en estos días haríamos un balance de lo ocurrido durante el año que terminó. Encontraríamos cosas buenas, pero también de malas. Pero esto no nos interesa mostrarlo, porque a



Acuse de recibo

Siguiendo la ya típica y popular tradición, han sido muchos — casi estábamos por decir incontables— los lectores que durante estos días de bondad y de gracia se han dirigido a nuestra Redacción para expresar sus votos de felicidad a quienes venimos escribiendo en estas páginas, correspondiendo sin duda a la felicitación que a todos nuestros buenos amigos y lectores dirigimos en forma colectiva y con idéntica cordialidad a través de las notas publicadas en las dos últimas ediciones.

De entre las muchas que cabría citar por el gran tono amable y cariñoso de su contenido, valga la reproducción de las siguientes líneas, escritas desde París, como muestra y signo evidente de que realmente nuestro esfuerzo semanal ha logrado estrechar los lazos que, por sangre, o simplemente por simpatía, une a nuestra gran familia dispersa por el mundo,

«Acepte usted y sus colaboradores—nos escribe don Félix Ferrer— la más sincera felicitación por el esfuerzo que representa la publicación de un semanario como ANCORA. El nos lleva todas las semanas el eco de esa hermosa y para nosotros tan querida ciudad. Adelante, pues, y que vuestra patriótica actividad sea al menos apreciada por todos los guixolenses».

Esta, y otras muestras de afecto que igualmente recibimos, han sido para nosotros el mejor regalo de Navidad que podían ofrecernos aquellos que, a través de nuestro dictado semanal, siguen fieles al recuerdo de su ciudad querida.

lo mejor el Año Nuevo, igual como con el frío, querría obrar contrario al 53.

Le basta solamente observar nuestro lugar, y ya podemos vaticinar que será otro año lisonjero. Dentro poco, —¿qué son cuatro meses?— empezarán de nuevo a sonar a nuestro oído idiomas extraños; la circulación por nuestras calles empezará a ser densa, dificultosa; los hoteles, a tantas quinzenas vista, empezarán a llenar de nombres sus listas. Los comercios empezarán su sonrisa veraniega.

Y es que la Costa Brava, con su bello paisaje, con su don de gentes, con la exquisita cocina de sus hoteles, ha tenido la gran suerte de encontrarse a orillas del Mediterráneo.

Ante tan buenos auspicios y tan lisonjero inventario, no pueden fallar, de ninguna manera, los pronósticos para el año ha poco empezado.

Lorens



CARTA A LOS REYES MAGOS

¿Cómo no escribir mi carta, cómo olvidar una fecha sin un ruego, sin una bella esperanza? Mas....

Cuando niños el «quiero» es fácil; de mayores, se nos transforma en «quisiera». Nuestra vida está llena de condicionales y de relativismos, de dudas. El niño sabe siempre lo que quiere y cómo lo quiere. Sueña la chiquilla en su muñeca, y el muchacho en su caballito de cartón. Los sueños de los mayores son vagos e imprecisos. Es posible que la vaguedad resida en las palabras; en las palabras cansadas y gastadas por cien farsas y mil convencionalismos. Pero no tenemos otra cosa que palabras para expresar nuestros sentires. Y el querer, el sentir, afloran a nuestros labios entre bambalinas de auto-engaños risibles. No debiera ser, pero los años nos alejan de la pura realidad de las verdades sentidas.

¿Qué voy a pedir a los Reyes?

¿Juguetes? Fuera absurdo, y aún me placen. No se perdió la infancia, que todo nuestro pasado es presente y devenir, pero se perdió la gracia de las manos y la maravillosa imaginación de las almas chicas, para las que el mundo y la vida no son ni tan siquiera un interrogante.

Plácenme aún los cuentos y las leyendas; rincones de pureza elemental, asombro de justicias y bienandanzas. Pero mis cuentos y leyendas de hoy tampoco son los de antaño.

Jamás me gustaron onzas y doblones y maravedises de plata. Odio la moneda y lo que solo se puede adquirir al son de un tintineo metálico.

¿Qué voy a pedir a los Reyes?

¡Sabe Dios que me gusta pedir con la ilusión de la dádiva:

«Dar más que pedir; ansiar más amar que ser amado...» dijo el «poverel-lo» de Asís; pero yo no tengo alas ni nimbo de santidades.

Pedir... Me gusta pedir al cielo, me gusta pedir al aire, a las estrellas que tiemblan, al candor de las miradas.

Y, gustándome pedir, voy a escribir mi carta a los Santos Reyes Magos.

«Virtudes le pido a Dios, en la Iglesia solitaria. Misericordia, al Cristo, que murió por mis pecados. Gracia, al Espíritu. A vosotros, Reyes Magos, chispas de plata os pido para mi corazón cansado; Epifanía a mi alma; luz a mis ojos, para ver todas las flores que crecen en las veredas de caminos olvidados; ternura a mi mano, que no pierda suavidades, porque en la piel seca y áspera se morirían las flores, sollozando. Sea acerico mi corazón de los dolores punzantes, que si se siente una espina, es que la carne aún es carne, y si rezuma corales, es que la sangre discurre, roja, viva, palpitante.

No: no dejéis que en mi pecho anide piedra de desengaños; ni mármoles ni granito, ni falaz ceniza blanca. Dejad que mi corazón sea sólo roja campana; repique en las alboradas, aleluya al mediodía, queda en el último ocaso.»

L. d'Andraitx